

EL INTERVENCIONISMO NORTEAMERICANO

Clodomiro Almeyda

1. La reciente elección presidencial de los Estados Unidos de Norteamérica, que con razón ha concitado la atención universal, y especialmente de la América Latina, se ha dado en el marco de una actitud autocrítica del pueblo norteamericano sobre el pasado reciente de su país, periodo en el cual el escándalo de Watergate, en lo interno, y el desastre de la guerra de Vietnam en lo externo, han sido los episodios culminantes y decisivos. No creo que esa autocrítica haya sido lo suficientemente profunda, para que pueda esperarse como resultado suyo, una rectificación fundamental en la política internacional norteamericana. De la información que disponemos se desprende que esa autocrítica ha sido más bien superficial y bastante deformada por las contingencias y exigencias de las campañas electorales de los candidatos. Pero de todos modos, ello refleja inquietud y preocupación del pueblo norteamericano por la forma en que se han conducido últimamente los asuntos externos, y una sincera búsqueda de nuevas orientaciones al respecto, más acordes con el ingrediente liberal y democrático de la tradición política de los Estados Unidos recientemente supeditados por los requerimientos de una política ecuménica de carácter contrarrevolucionario determinado básicamente por los intereses geopolíticos y económicos del complejo militar-monopolista, convertido en factor de poder determinante de la política exterior del país del norte.

Esta inquietud y preocupación, y la buena voluntad de corregir en un sentido progresista ciertas orientaciones de la conducta exterior de los Estados Unidos, fueron recogidos por la campaña electoral de Jimmy Carter y, por lo tanto, su triunfo abre razonables expectativas de alteraciones en la política exterior norteamericana que eliminen, en parte al menos, los enfrentamientos y puntos de fricción a que esa política ha llevado a los Estados Unidos, con los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo y con los países en cuyo seno se desarrollan procesos políticos de transformación social de signo diferente al predominante en el "establishment" de aquel país.

No es raro, por tanto, que en América Latina se advierta especial interés en conocer los proyectos e iniciativas que piensa realizar la nueva administración de los Estados Unidos, en la esperanza que ello mejore las ya crónicamente deterioradas relaciones entre ambos componentes de nuestro hemisferio.

Tema central en estas relaciones y punto local de antagonismos y conflictos, lo constituye el problema del intervencionismo norteamericano en los asuntos internos latinoamericanos, que se corresponde con actitudes de la misma índole asumidas también en otros ámbitos del planeta, tanto en Europa, como en Asia y África.

Intentaremos ahora explicitar algunas reflexiones sobre este tema del intervencionismo norteamericano desde el ángulo y desde el punto de vista de un antifascista chileno, que por serlo ha debido sentir muy hondo el alcance y la significación de la intervención norteamericana en América Latina, ya que no es misterio la activa, acelerada y decisiva participación que tuvieron los Estados Unidos en el partido militar que derribó al gobierno democrático y constitucional del Presidente Allende, y en la emergencia y sostén del régimen fascista que se instauró después, que explota y oprime al pueblo chileno.

2. El intervencionismo norteamericano en América Latina encuentra sus raíces en el siglo pasado y se hace presente ya en la época de nuestra independencia, cuando el enunciado de la doctrina Monroe, traduce ya la predisposición intervencionista del Norte, como resultado de la correlación de fuerzas entre las dos partes del continente americano, que ya entonces se advierte favorable a los Estados Unidos.

Pero esta predisposición intervencionista del Norte, permanece latente y apenas se manifiesta en las tres primeras cuartas partes del siglo XIX y sólo se externa con vigor y fuerza en los últimos decenios de la pasada centuria, cuando terminada ya la conquista y la asimilación del Lejano Oeste a la Unión Americana, las energías que fluyen del impetuoso desarrollo económico capitalista del país, comienzan a proyectarse hacia sus vecinos más inmediatos del Sur, singularmente en México, el Caribe y la América Central.

En esta primera fase del intervencionismo norteamericano en América Latina, estamos en presencia de una acción imperialista, en el sentido leninista de la acepción, en el que las intervenciones políticas y militares de los Estados Unidos en el área, acompañan, defienden y profundizan la penetración del capital norteamericano en una zona cuyas características económicas le predisponen a ser natural complemento semicolonial de la avanzada estructura capitalista que crece, se consolida y se expande en los Estados Unidos. La división y debilidad políticas de América Latina, favorecen y facilitan la intervención imperialista norteamericana, la que se aprovecha así del vacío de poder que advierte en su flanco sur, y hasta de la propia decadencia española que no sólo le permiten a través de la guerra de 1898, suplantarse a la monarquía ibérica en Cuba y Puerto Rico, sino que lo llevan, más lejos aún, a apoderarse de las Filipinas, iniciándose con ello la presencia estadounidense, fuera del continente, con el carácter de potencia colonial, al igual del que en esa época hacen gala las más avanzadas naciones capitalistas europeas.

La decisiva participación norteamericana en la Primera Guerra Mundial

acusar ya el carácter de potencia también mundial, que han alcanzado los Estados Unidos, en consecuencia con la importancia que ya ha alcanzado su desarrollo capitalista, y lo asocian y comprometen desde entonces con los asuntos y problemas internacionales, a los que se encuentra siempre en una u otra forma ligado.

Durante todo este período —que podemos calificar como primera fase del intervencionismo estadounidense—, su rol es el de favorecer directamente la reproducción y desarrollo imperialista del capitalismo, proporcionándole garantías políticomilitares que lo coloquen a salvo de las perturbaciones y resistencias que naturalmente origine su avasalladora irrupción en los países que van a jugar su papel de mercado para sus inversiones y productos y de fuentes de aprovisionamiento de materias primas para sus industrias. Se legitime la intervención políticomilitar destinada a hacer viable la penetración imperialista, con la doctrina llamada del "destino manifiesto", en cuya virtud los Estados Unidos se arrogan una función civilizadora y pacificadora en las regiones que domina, función que, de acuerdo con la tradición religiosa, puritana, aparece ligada al designio providencial de hacer de los Estados Unidos un lazo privilegiado para incorporar a los pueblos atrasados y a su juicio "enfermos" en la civilización moderna, progresista y liberal, que es la forma subjetiva como desde su seno la burguesía percibe su objetivo papel de agente de expansión y de dominio del capital imperialista.

3. La Revolución Rusa, y más bien, la contrarrevolución a escala internacional a que esto dio origen y que se tradujo en la intervención de los ejércitos de las potencias capitalistas, vencedores en la Primera Guerra Mundial, en el territorio de la Unión Soviética, con el objeto de derrotar militarmente al naciente Estado socialista, marca el comienzo de una nueva etapa en las relaciones políticas internacionales, y en el desarrollo del imperialismo, en el que la intervención imperialista no tiene ya por meta la mera mantención de las condiciones formales para la reproducción del capitalismo y su extensión a través del mundo, sino que persigue directamente la destrucción de los poderes políticomilitares, que se han constituido en un peligro para la subsistencia política de los estados capitalistas mismos.

Con la Revolución Rusa, y la contrarrevolución que se le opone se inaugura una nueva época, en que el capitalismo —herido por la emergencia de la Unión Soviética, comienza a ser cuestionado y amenazado— como tal, necesitando por tanto que la represión, el combate y la guerra contra sus contendores, se constituya en la función prioritaria del sistema político. Se subordinan desde entonces todos los aspectos de la reproducción del sistema, a la necesidad políticomilitar de proteger su subsistencia frente a los enemigos de adentro y de afuera, constituidos ya en fuerzas políticomilitares.

Se inaugura así la etapa contrarrevolucionaria en la historia del imperialismo, en la que la exigencia de proteger político-militarmente al sistema capitalista amenazado por la revolución, adquiere prioridad sobre-determinante, sobre las otras funciones políticas meramente reproductoras del sistema.

En esta segunda fase de la evolución del imperialismo, aparece un tipo de conducta del sistema, que llaman contrarrevolución, que es la intervención fascista en los asuntos domésticos de un estado sometido a la acción

imperialista, no se dirige ya a proteger el criterio de una empresa determinada, y ni siquiera a establecer y defender un estatuto jurídico que permita la reproducción y la expansión del sistema, sino que se oriente directamente a atacar o destruir los soportes políticomilitares de las eventuales bases de poder físico o ideológico que amenazan la subsistencia misma del sistema. Entramos así de lleno a la etapa de la contrarrevolución.

Fracasado el primer ensayo de contrarrevolución externa, con la derrota militar de la intervención imperialista contra el poder soviético, y consolidado política y militarmente el primer Estado socialista, éste se repliega sobre su vasto interior para dar cima a la transformación revolucionaria de su sociedad, y rechazando la línea política defendida por Trotsky en el sentido de priorizar entre sus tareas, la de promover en el exterior la revolución socialista en Occidente, entendiendo esto como condición para la consolidación socialista del Estado soviético.

Al asumir esta táctica, por años deja de ser la URSS un peligro manifiesto y actual para el orden capitalista mundial, y la contrarrevolución asume principalmente expresiones internas en los distintos estados amenazados por el desarrollo y crecimiento de las fuerzas revolucionarias domésticas, la principal de las cuales es el fascismo, entendiendo así como una modalidad específica e institucionalizada de la contrarrevolución.

La gran crisis del año 29, que tan profundamente afectó al funcionamiento del sistema capitalista, no alcanzó sin embargo a colocar a la contrarrevolución externa como necesidad para la subsistencia del sistema. La Unión Soviética, único Estado socialista del mundo en la época, estaba todavía lejos de representar una real amenaza para el orden capitalista mundial.

Fue sólo el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, el que colocó en el primer plano de la realidad internacional, la pugna revolución-contrarrevolución. La magnitud y las consecuencias de la victoria soviética — traducida en la formación del sistema de estados socialistas —, y el auge del movimiento de liberación de los pueblos coloniales — a lo que se sumó luego la Revolución China —, planteó por vez primera una situación de peligro real para la subsistencia del orden mundial capitalista, ya que el poder y el prestigio alcanzado por el naciente mundo socialista, se constituyó en estímulo poderoso para los movimientos revolucionarios que surgieron por el impulso latente de los ideales democráticos y progresistas, bajo los cuales se luchó contra el fascismo.

Se inició así el período de la llamada "guerra fría". En su esencia la "guerra fría" consistió en la organización de una red de lazos políticomilitares alrededor de una estructura de poder hegemónico, capaz de sostener e implementar una política contrarrevolucionaria. Y esta estructura de poder hegemónico lo fueron los Estados Unidos. Aparece así esta potencia como centro organizador y responsable en último término de la contrarrevolución mundial.

Asume el papel de "gendarme" del orden mundial capitalista, función que legitima al identificarse ese orden con la civilización cristiana occidental, con el "mundo libre" y a sus enemigos con el comunismo, definido así como la real amenaza contra los valores de la libertad y la democracia, que serían así el contenido esencial del modo de vida predominante en Occidente.

Esta ideología de la "guerra fría" legitima por tanto la intervención norteamericana en cada uno de los contextos regionales en que los Estados Unidos aparece como centro y sostén de la correspondiente alianza político-militar.

En el contexto americano, la contrarrevolución encabezada por los Estados Unidos se constituye en un sistema jurídico institucional militar, del que son quizás fundamentales, la OEA, el TIAR, y la red de pactos militares bilaterales entre ese país y cada uno de los estados latinoamericanos.

Indisimuladamente se define en este sistema como enemigo potencial del hemisferio al comunismo, y para operacionalizar la lucha contra él, se crean los conceptos de "seguridad continental" y de "seguridad externa", como asimismo se define la extensión de un área geográfica de seguridad, que obliga a los países de la región a combatir junto a los Estados Unidos contra el enemigo comunista externo, cuando ocurren determinadas circunstancias.

El curso progresivo de los acontecimientos en el continente fue poco a poco desarrollando la teoría legitimadora de la intervención dentro de la región para enfrentar al enemigo comunista interno, que pasó a ser luego el enemigo principal, en la medida que el cese de la guerra fría a escala mundial y los acuerdos soviético-norteamericanos logrados en el marco de la política de la coexistencia pacífica y la distensión, alejan el peligro de una intervención soviética directa en el continente e hicieron cada vez más improbable, a corto plazo, la necesidad del concurso bélico, a las empresas contrarrevolucionarias a las que pudieran comprometerse los Estados Unidos.

Las intervenciones norteamericanas en Guatemala, Cuba y Santo Domingo, a lo largo de los años 50 y 60 del presente siglo, constituyen los ejemplos más claros de esta política intervencionista norteamericana en los asuntos políticos de América Latina. Legítimo por la necesidad superior de combatir al comunismo o lo que la dictadura americana asimila de él.

Más abierta en unos casos, más hipócrita y solapada en otros, en cada una de estas oportunidades siempre estuvo presente la conciencia de que la misión de "gendarme" anticomunista primaba y debía ser primero sobre el respeto al principio de la no-intervención y de respeto a la autodeterminación de los pueblos que conocían tanto la Carta Orgánica de la OEA como la Carta de las Naciones Unidas.

La más alta expresión de esta política intervencionista, anticomunista y antimarxista la representó la llamada doctrina Johnson, presentada a propósito de la incursión armada de Santo Domingo que, inspirada en el propósito de hacer imposible una segunda Cuba en el continente, pretendía justificar cualquier intervención militar en el continente, con tal que esa intervención pudiera impedir que algún país americano eligiera internamente un sistema político, como el socialismo cubano —o parecido a él—.

Los efectos políticos en el continente de estas intervenciones contrarrevolucionarias de los Estados Unidos fueron de muy variada índole.

No pudieron, desde luego, impedir en todas partes el triunfo de la revolución, como lo demuestra el caso de Cuba, que precisamente radicalizó su experiencia y se convirtió en el primer Estado socialista en América Latina, como consecuencia directa de la agresión norteamericana y de los acontecimientos en cadena que ello produjo.

En segundo lugar, estas intervenciones desprestigiaron ampliamente en el

continente, al sistema interamericano, al extremo que nuevas operaciones del mismo tipo se hicieron ya políticamente no viables para los Estados Unidos, debido a que la erosión de su prestigio e influencia política —no sólo en América Latina sino que en el mundo en general— que de ella resultarían, las hacían contraproducentes por sus efectos últimos a la correlación de fuerzas en pugna.

Fue sustituido este tipo de intervención, por tanto, por una política de apoyo antsubversivo, destinada a habilitar a los gobiernos latinoamericanos para enfrentar los intentos fundamentalmente de carácter guerrillero que se desarrollaron a partir de la Revolución Cubana. Política ésta que ligó estrechamente a las fuerzas armadas norteamericanas con los ejércitos de América Latina que recibían de aquéllos toda suerte de apoyo para hacer frente a una real o probable subversión interna.

Por otra parte, intervenciones más o menos abiertas, como las ya señaladas de Guatemala, Santo Domingo o Cuba, comenzaron también a tomarse políticamente en victorias, por el cambio experimentado en el mundo con la progresiva sustitución de la llamada "guerra fría" por la práctica de la coexistencia pacífica entre estados de diferentes sistemas político-económicos y doctrinas que, dificultosa pero progresivamente, se fueron abriendo paso en el mundo durante los años 50 y 60.

La política de la coexistencia pacífica descansa en la idea de que la pugna entre el capitalismo y el socialismo no tiene necesariamente que desembocar en un conflicto bélico y que no es en absoluto deseable que así sea. Por el contrario, en el interés concreto de los hombres de carne y hueso hay que esforzarse por que esa pugna se resuelva a través de una emulación entre ambos sistemas en el terreno económico, a través de la lucha ideológica en que ambos contendientes se disputan el favor de la conciencia de los pueblos, y a través del respeto al principio de no-intervención, que permite a cada pueblo democráticamente escoger con libertad el sistema social que desea. En esta perspectiva va implícita la plena y absoluta confianza del socialismo, de que en un clima de paz, de independencia de los pueblos y de democracia, sin mayores sacrificios para la humanidad, la experiencia demostrará la superioridad del socialismo sobre el capitalismo como sistema económico, demostrará que las ideas socialistas serán a la postre preferidas por los pueblos y demostrará que cuando se deja a un pueblo desenvolverse en democracia y libertad, más tarde o más temprano y a través de su propia y autónoma experiencia, terminará finalmente por preferir la vía socialista como la más idónea para promover y desarrollar los grandes valores humanos.

Todo esto a condición de que en verdad no se recurra a la guerra, ni a la intervención militar o económica, ni a las presiones indebidas, para influir en el curso natural de los acontecimientos. Ni los bloqueos económicos, como del que se hizo víctima a Cuba; ni las intervenciones armadas de cualquier especie, como las que han sufrido Guatemala, la misma Cuba en Bahía Cochinos, Santo Domingo, Líbano o el Vietnam; o como las que sufre actualmente Angola; ni las presiones económicas, como las que se han ejercido sobre Chile, Perú, Venezuela, México o Ecuador, cuando han desarrollado políticas destinadas a ejercer en plenitud su soberanía sobre sus riquezas naturales, ninguno de estos recursos, es compatible con la práctica

de la distensión y de la coexistencia pacífica.

Estos lamentables hechos intervencionistas demuestran que en el campo imperialista y particularmente en los Estados Unidos, hay fuerzas que se niegan a aceptar las reglas del juego, que en interés de toda la humanidad, involucran la práctica de una política de distensión y coexistencia pacífica.

Pero es evidente también, que en el campo imperialista y dentro de los Estados Unidos, hay fuerzas que se oponen a la intervención en los asuntos internos de terceros países para torcerles su voluntad, hay fuerzas que con razón piensan que esta política intervencionista que vulnera el derecho internacional, crea constantemente peligros de una desastrosa guerra nuclear. Se desarrolla, pues, en el mundo capitalista, una pugna entre los sectores progresistas que defienden una política de paz, de respeto al principio de la no-intervención y de fe en la democracia, y aquellos otros que están dispuestos a desencadenar una guerra para mantener incólume el orden social capitalista, que promueven toda suerte de presiones o intervenciones en aquellos países donde creen que el orden social se encuentra en peligro, y que no vacilan en destruir, incluso por la fuerza, a las instituciones democráticas, llegando hasta favorecer e impulsar al fascismo, si ello es necesario para sostener al sistema capitalista.

Esta lucha entre las fuerzas pacifistas, democráticas y progresistas, contra aquellas belicistas, antidemocráticas y reaccionarias, o simplemente fascistas, que se desarrolla en el seno de las sociedades capitalistas, es la forma en que se traduce dentro de esos sistemas políticos, el antagonismo mundial entre capitalismo y socialismo, contenido esencial de nuestro tiempo.

En los últimos años y en relación especialmente a América Latina, las fuerzas que dentro de los Estados Unidos pugnan por mantener a su país en el rol de "gendarme" internacional del capitalismo, ante la imposibilidad política de recurrir a la intervención armada directa, y ante el peligro que soberanamente y por medios democráticos nuestros países emprendan el camino del socialismo, han logrado concebir y ensayar un nuevo tipo de intervención contrarrevolucionaria que eufemísticamente se ha dado en denominar "desestabilización".

Esta modalidad intervencionista consiste en provocar, estimular y acelerar en el seno del país, cuyo proceso político se torne disfuncional a los intereses privados del sistema capitalista, a aquellos fenómenos y tendencias que puedan producir el colapso político del régimen, que se propone abatir, sin intervenir abiertamente en su contra y simulando respetar el principio de respeto a la soberanía de los pueblos. Y por tanto, el principio también de la doctrina de la coexistencia pacífica y de la autodeterminación. Para ello se aprovechan fundamentalmente el desequilibrio y desigualdad de poder que existen entre los Estados Unidos y los países cuyos regímenes políticos se quiere desestabilizar, para que internamente sean derrumbados.

En efecto, el poderío económico de los Estados Unidos y la dependencia que con relación a él experimentan las economías de nuestros países, hace posible que sin recurrir al bloqueo económico total, que se utilizó en el caso de Cuba, se logre causarle trastornos económicos de magnitud, para que sus efectos políticos negativos para la imagen del gobierno que se desee deponer, sean aprovechados por las fuerzas sociales conservadoras, con el fin de provocar una crisis política del régimen.

Esta política destabilizadora en el terreno económico se ve reforzada con el control e influencia ideológicos que los valores políticos conservadores mantienen en el país víctima de la destabilización, y que desde la potencia metropolitana se tiende a robustecer.

Ello les permite a los Estados Unidos favorecer no sólo la resistencia política legal de los regimenes revolucionarios, sino también, y principalmente, promover los intentos subversivos que las fuerzas conservadoras puedan ensayar con el recurso de las fuerzas armadas norteamericanas, cuya ideología institucional es particularmente sensible a las motivaciones contrarrevolucionarias anticomunistas, y cuyos cuadros de oficiales están influidos poderosamente por ideologías reaccionarias a través de los lazos de toda índole que los Estados Unidos han logrado establecer entre sus fuerzas armadas y las de nuestros países.

Las actividades clandestinas de los organismos de seguridad e inteligencia, tanto militares como no militares de los Estados Unidos —entre estos últimos significativamente la CIA—, constituyen un instrumento particularmente idóneo y eficaz para facilitar la tarea destabilizadora.

Chile fue, como es sabido, el primer escenario del ensayo general del método intervencionista de la destabilización. Son sabidos de todos los resultados siniestros a que condujo el método destabilizador, fundido en la conjugación de los objetivos políticos contrarrevolucionarios de las potencias hegemónicas con las de la reacción doméstica y en su doble presión sobre las fuerzas armadas, a fin de inducirlos a servir de instrumento material para la subversión.

Fue tan manifiesta y difícil de ocultar en el caso de Chile la intervención norteamericana, que difícilmente el esfuerzo conjunto de los antifascistas chilenos y de las fuerzas progresistas en el seno de los Estados Unidos, colocó luego en el banquillo de los acusados a los responsables de la promoción del golpe militar, siendo sus actividades abiertamente reveladas por propias autoridades norteamericanas como el Comité Senatorial que presidió el senador Church. Todo esto es historia reciente y conocida y nada sacaríamos con recordarlo nuevamente aquí.

Pero creo que interesa destacar entre los muchos episodios a que dio origen el esclarecimiento de los orígenes de los sucesos de Chile, aquella declaración del Presidente Ford en la que éste justifica la intervención de su país en el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular, sosteniendo que ésta fue hecha en provecho no sólo de los Estados Unidos, sino del propio pueblo chileno, quien se mostró capaz de identificar cuál era su propio interés, por lo que había una mano ajena a ayudarlos a salvarse del desastre a que su ineficiencia lo había conducido.

Tal declaración demuestra cuán profundamente arraigada se encuentra en los Estados Unidos la creencia de que ellos están llamados a tutelar el destino de otros pueblos, para controlar y defender valores comunes y universales que no son otros en esencia, que los mismos en que se sustenta la sociedad norteamericana como condición para la reproducción del sistema capitalista. Es la misma doctrina del "destino manifiesto" actualizada por las circunstancias contemporáneas.

Tal doctrina es también en sustancia la que pretende legitimar las intervenciones armadas en Vietnam y Angola, en las que lo que se hizo fue

generar y/o desarrollar una oposición armada doméstica, con mayor o menor participación bélica estadounidense, para impedir por la fuerza la creación y consolidación de las fuerzas nacionales revolucionarias. En esta modalidad intervencionista, a diferencia de la desestabilización no se intenta sólo crear un vacío político e inducir a la insurgencia armada contrarrevolucionaria, sino que en realidad se crea y sostiene un antagonismo militar doméstico al que se le trata como si fuera el real exponente de la voluntad y del interés del país afectado.

Las desastrosas consecuencias de la intervención en Vietnam y en Angola, y el callejón sin salida a que le ha conducido la intervención en Chile, donde la precariedad del régimen fascista instalado con su ayuda, anuncia la más pronta que lejana, reiteración renovada y madura de la experiencia revolucionaria de la Unidad Popular, han golpeado a la conciencia del pueblo norteamericano.

Como decíamos al iniciar estos comentarios, no nos parece que esa conciencia haya llegado en general a afectar las raíces ideológicas subyacentes en el intervencionismo, pero sí creo que lo han debilitado lo suficiente como para que un factor explicativo de la victoria de Carter lo haya sido la inconformidad y desazón con un método y un estilo en las relaciones internacionales de las administraciones anteriores, que no se juzgue satisfactoriamente ni consecuentemente a los intereses del país.

Las expresiones del propio candidato Carter, criticando a la administración Ford por haber promovido primero y sostenido después a la junta fascista chilena, las reiteradas declaraciones de sus voceros anunciando que el nuevo gobierno no ayudará a la mantención de dictaduras militares antidemocráticas en América Latina, y hasta la explicación hecha por uno de los personajes más destacados de su equipo de consejeros en materia internacional, en orden a que Estados Unidos respetará la decisión democrática de los países europeos que se den gobiernos con participación comunista, son indicadores todos de una nueva actitud en los próximos cuatro años del gobierno norteamericano que nos hacen mirar con optimismo al censo de las relaciones interamericanas de los años que vienen.

Si esta nueva disposición de las autoridades de los Estados Unidos, fuera lo suficientemente fuerte como para desafiar y enfrentar con éxito a los centros de poder del mundo militar y del mundo de los negocios, que siguen aferrados a la ideología contrarrevolucionaria intervencionista, una nueva etapa se abrirá para la comunidad internacional, menos peligrosa para la paz y más favorable para el curso pacífico del tránsito de las actitudes e injustos ordenamientos sociales, hacia superiores formas de convivencia colectiva, tanto en el plano interno de los diferentes países como a nivel de las relaciones internacionales.

La doctrina de la coexistencia pacífica y de la distensión única forma de compromiso racional entre las corrientes conservadoras y renovadoras de la humanidad, y el haber así encontrado la acogida y el consenso necesario para devenir en el marco institucional del avance por la vía de la paz, de las fuerzas y de las ideas, que han de modelar la humanidad del futuro.

A nosotros, los latinoamericanos, interesados en hacer valer por esa vía a nuestros pueblos, por la democracia hacia el socialismo, nos cabe en estas horas de esperanza, la responsabilidad de ayudar a que en el gran vecino del

norte sean estas ideas de paz, y de respeto a la soberanía de nuestros países los que se impongan por sobre aquellas otras que van adheridas indisolublemente a las inhumanas y represivas de la guerra, del fascismo y de la injusticia.

